

Mario Miegge, *Martín Lutero. La Reforma protestante y el nacimiento de las sociedades modernas*, 2016, Barcelona, Editorial CLIE, 144 pp.

RECEPCIÓN: 19 de abril de 2017.

APROBACIÓN: 08 de enero de 2018.

158

Esta obra de Mario Miegge es la reedición de un estudio ya clásico, que se publicó en 1983, en la colección Libros de Base de la editorial Riuniti, en el quinto centenario del nacimiento de Lutero. Esta nueva versión sale a la luz con ocasión de los 500 años del inicio de la Reforma el 31 de octubre de 1517, en víspera de Todos los Santos, cuando el monje agustino colocó en la iglesia de Wittenberg sus famosas 95 tesis. Precisamente, esta nueva edición lleva un prólogo de Alicia Mayer, del Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España, en el que se refiere a la importancia de este libro en “el esfuerzo por dar a conocer una y otra vez el trasfondo de la época en que ocurrió la Reforma y mostrar los claroscuros del personaje que protagonizó aquellos hechos”. Por otro lado, la versión en español, continúa Mayer, “hace asequible y comprensible un complejo y determinante horizonte histórico” (p. 10).

El estudio de Miegge, según él mismo comenta en sus “palabras preliminares”, pertenece a una colección de libros dirigida a divulgar la cultura entre los trabajadores e inspirada en el compromiso social del movimiento sindicalista del “otoño caliente” (p. 5) de 1969. Los nuevos contratos de trabajo permitían que los trabajadores destinaran horas a instruirse y educarse en cursos de formación continua, con el fin de que no hubiera un desfase tan grande entre los obreros y las clases más cultivadas. Se organizó todo un sistema educativo para fomentar y desarrollar este proyecto de regeneración cultural de las clases más desfavorecidas, del que la obra de Miegge resulta una buena muestra. El propio Miegge reeditó y amplió su obra en 2009 con ocasión del quinto centenario del nacimiento de Calvino. Precisamente por

ello, en su nueva versión dio más importancia a la “teología del pacto” y a la difusión del calvinismo en Escocia, y en la Nueva Inglaterra reformada.

La obra se estructura en cuatro partes: 1) vida, obra y pensamiento de Lutero; 2) pensamiento y criterios religiosos de sus sucesores, como Müntzer, los anabaptistas y Calvino; 3) difusión del protestantismo calvinista en Holanda, Inglaterra y el Nuevo Mundo, y 4) impacto de la mentalidad religiosa calvinista protestante y relación entre el calvinismo y la ética capitalista. Vienen al último varios capítulos, a modo de “epílogo”, en los que se muestra la actualidad del calvinismo en cuanto a su relación con el marxismo y las ideas comunistas de Gramsci. En el apéndice se trata de las herejías medievales que a la larga confluyeron en el protestantismo y el calvinismo y en un último breve capítulo, las “Iglesias de la Reforma”, se da un panorama de la situación del protestantismo en el mundo, especialmente en Italia. El libro cierra con una muy bien documentada bibliografía.

Si bien el protagonista de la obra de Miegge es aparentemente Lutero, no obstante pienso que el análisis del protestantismo se distribuye en dos líneas: 1) el luteranismo con sus consecuencias ideológicas e históricas, como la rebelión de los campesinos y la postura conservadora y clasista de Lutero ante estos sucesos, y 2) preponderancia del calvinismo como principal vector ideológico del luteranismo que se enclava en Suiza y se extiende por Holanda, Inglaterra y la América inglesa.

La obra de Miegge proporciona una buena cantidad de textos, a modo de fuente primaria, que reflejan la religiosidad de Lutero y sus seguidores. Por esa parte, se trata de un libro muy bien documentado y que muestra que el autor conoce perfectamente los entresijos más profundos de la mentalidad protestante, tanto luterana como calvinista. No obstante, por otro lado, considero que al estudio le falta profundidad de análisis, pues muchas veces queda la sensación de que no se acaba de terminar la investigación de ciertos temas, como la mentalidad de Zwinglio o la evolución de las guerras del campesinado alemán y las persecuciones de los anabaptistas. En otras ocasiones, se echa de menos la falta de calado en ciertos aspectos del luteranismo o del calvinismo que, por su interés, requerirían más atención, como el tema de la gracia según lo plantea Lutero frente a Calvino. Habría sido muy interesante un estudio comparativo y bien sintetizado de los puntos discordantes de la teoría, así como una comparación general con las tesis católicas, que, por ejemplo, ofrece el cardenal Jacobo Sadoletto, citado por Miegge como uno de los principales ideólogos del catolicismo frente al pensamiento protestante.

No olvidemos que la obra de Miegge no pretende ser un estudio analítico de Lutero y la Reforma, sino más bien un panorama bien documentado y dirigido a un público general de trabajadores que requerían mayor formación académica, tal como advierte su autor en las “palabras preliminares”.

A mi parecer, los capítulos más interesantes son el cuarto y el quinto, sobre “la ética protestante” y “el pasado en el presente”, puesto que Miegge condensa muy bien la trascendencia del calvinismo tanto a la muerte del propio Calvino, como en el siglo XX. Resulta muy interesante el recorrido que hace entre los textos de diversos predicadores calvinistas y cómo van adquiriendo una mentalidad religiosa que se abre a una nueva sociedad antiestamental que fomenta la productividad, la riqueza y la movilidad social y que se opone al culto a la pobreza, la dependencia del vasallo respecto del señor o el estatismo propio de la sociedad medieval que defiende el catolicismo, en frecuente alianza con las monarquías absolutas. El calvinismo, según ciertos historiadores que revisa Miegge en su estudio, constituiría uno de los principios de la sociedad moderna antes de la Independencia de Estados Unidos y la Revolución Francesa, o antes del pensamiento filosófico de Kant o Fichte, principales impulsores del pensamiento moderno. Resulta especialmente relevante el pasaje sobre las opiniones de Calvino respecto a unas palabras de Pablo a los Corintios, en el que dice que “no sería demasiado riguroso si no fuera lícito al zapatero aprender otra profesión o a un comerciante, tal vez, meterse en la agricultura comercial”, o las palabras del propio Calvino al hablar del Nuevo Testamento: “Dios, conforme a las disposiciones y las dotes naturales que ha atribuido a cada uno, ordena al hombre esto o aquello, lo ejercita en los negocios o lo hace avanzar en varias posiciones, le da la materia y las oportunidades para actuar con virtud” (p. 108).

Es la idea de vocación o de llamado la que se identifica con el deseo particular de desarrollo de las capacidades intelectuales de cada uno en un trabajo determinado; pero esta vocación también ha de trascender al individuo y ser aceptada por la sociedad en general. Parece ser, según Miegge, que, a partir de la primera mitad del siglo XVII, como se ve en predicadores puritanos como John Cotton, se fomentó la vía social de la vocación, que debía tener “carácter público” para el bien general y “ser reconocida y aprobada por la comunidad” (p. 109). Otra obra muy interesante para comprender la evolución del calvinismo es el Tratado de las vocaciones de Perkins, en la que el autor condena el ocio y la pereza, lo que supone una profunda antítesis de la defensa de la Iglesia de la pobreza y la menesterosidad. Perkins arremete contra las

cuatro clases más ociosas: 1) mendigos y vagabundos, 2) monjes y frailes, 3) gentiluomini que viven de rentas, y 4) funcionarios que “acompañan al noble y no realizan ninguna actividad productiva” (p. 110). Contra el “desorden social” y el “vicio moral”, los puritanos de Perkins oponen la “disciplina laboral”, que acabó convirtiéndose en la base fundamental del pensamiento burgués decimonónico y esencia de aquellas revoluciones que han querido aplicar por la fuerza esta ideología. En el siglo XVIII, el calvinismo supuso la semilla del concepto de “juicio moral autónomo” de Kant, en el que el filósofo alemán, a pesar de su protestantismo religioso, vació la ética calvinista de religiosidad dejándola en una ética estrictamente laica y racional, que pudiera aplicarse absolutamente a todos los hombres. Esta filosofía se alía con la “doctrina de la libertad” de Fichte. Ambas constituyen (la de Kant y Fichte) expresiones de “la ideología liberal” y “sus contradicciones internas” (p. 120).

En el siglo XIX, Miegge analiza la relación de Calvino con las tesis de Marx y Weber, entre las más relevantes. Con respecto al primero, el ideólogo del comunismo supone al calvinismo un cambio de tipos de relación entre amo y subordinado, en que se pasa de un tipo de relación de dependencia personal (el vasallaje medieval) a una relación entre el trabajador y el trabajo, con una idea más libre, que exige toda una ética para mantener cierta fidelidad del trabajador con la empresa, si se quiere que siga apegado a la producción empresarial. Por otro lado, Miegge explica la relación del calvinismo con el Max Weber de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, en la que el sociólogo alemán argumenta no tanto que el “espíritu capitalista” procediera del calvinismo, sino que este confluyó en la concepción religiosa de Calvino. Miegge repasa también a los críticos de la concepción weberiana, como Trevor Roper, Herbert Lüthy o Fernand Braudel, que consideran que el capitalismo no tuvo que nacer por fuerza en las zonas calvinistas (Holanda, Inglaterra, Alemania, Suiza), sino que surgió, especialmente, en Italia, en Flandes y en el sur de Alemania, y que por procesos históricos de decadencia económica y cultural de estos territorios se acabó trasladando a otras zonas de influencia, por lo que dio la sensación de que eran productos de la propia religiosidad del reformista francés. Weber no tuvo en cuenta los procesos históricos en el seno del propio calvinismo y solo atendió a su ideología como “un todo” uniforme y casi atemporal.

Por último, en el siglo XX resulta muy interesante la relación que Miegge establece entre el calvinismo y Gramsci, pues afirma que el ideólogo comunista italiano veía en la doctrina de Calvino una “analogía” con el movimiento

obrero, encabezado por comunistas; de este modo, su propio pensamiento era considerado “una nueva edición italiana del calvinismo” (p. 121). Por último, otros historiadores contemporáneos, como Herbert Lüthy, piensan que el calvinismo representa y simboliza la “declaración de igualdad” dentro de un “incesante orden jerárquico” que se extiende de Calvino al presente y que pasa por Rousseau o por la Revolución Francesa.

La unión de la vida religiosa y la vida común es otra de las características que el calvinismo enfrentó al elitismo de la Iglesia católica, para situar la predicación y la fe en el “centro de la actividad cotidiana de los laicos”: contra los ritos y las obras sagradas opuso “el deber de la vocación pública productiva” y favoreció “la secularización de la religión cristiana y el declive de lo sagrado en la vida moderna” (p. 121). Al respecto, no podemos obviar que ciertos movimientos de la Iglesia católica del siglo XX, como el Opus Dei, adaptaron estos principios a la actividad eclesiástica, una suerte de calvinismo transformado y de nuevo cuño en el seno del catolicismo, pero que acabó resultando vivificante y estimulante, si se juzga por la sorprendente extensión y relevancia del Opus en el mundo.

162 Por último, en el apéndice “Herejías medievales”, que en nuestra consideración debería haberse situado al principio de la obra, se examina cómo el movimiento calvinista tuvo sus orígenes en los valdenses que defendían la pobreza y la predicación de los laicos y que no se sometieron a la Iglesia como los franciscanos, que acabaron siendo una orden mendicante. Posteriormente, las doctrinas de las comunas valdenses del norte de Italia (en Lombardía) fructificaron en el pensamiento de los herejes John Wycliff y Jan Hus, que fueron las semillas de la reforma luterana y calvinista. No obstante, si Lutero no dejó de tener una mentalidad muy conservadora al unirse a los príncipes alemanes, llamar al campesinado a un espíritu de obediencia y, de alguna forma, crear una especie de Iglesia católica paralela, Calvino mostró un espíritu más emprendedor, dinámico y rupturista al divulgar la antigua idea de los valdenses sobre la predicación laica o al rechazar la pobreza (ahí, sin embargo, se opuso al movimiento valdense) y defender el enriquecimiento por el esfuerzo. Por todo esto, el calvinismo, con sus más y sus menos, en muy diversas vertientes y enfoques religiosos, triunfó y se difundió por el mundo.

La obra de Miegge es un acercamiento bastante bien documentado al protestantismo y su evolución, con dos partes bien marcadas: en la primera, su investigación de Lutero y los primeros seguidores protestantes es expositiva e historiográfica. Al dirigirse a un lector que no conoce el tema, le resultará

interesante y amena, aunque para el experto o medianamente conocedor lo más llamativo son las aportaciones documentales y la panorámica evolutiva e histórica. Por otro lado, la segunda parte, que se concentra en los capítulos cuarto y quinto, se dedica al calvinismo y resulta un estudio mucho más interesante, puesto que ofrece una imagen mucho más profunda y analítica del fenómeno religioso calvinista. Es la parte más sugerente y relevante del libro de Miegge.

Por último, destaco la bibliografía compilada por el autor, con la que se puede profundizar tanto en las fuentes primarias como en los estudios especializados.

JAVIER ESPINO MARTÍN  
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM